

seguramente el propósito principal de Soledad Puértolas era crear una atmósfera que fascinase y que, además, tuviera pocas similitudes con los vientos que hoy corren (pocos vientos, la verdad sea dicha, que los que tienen la sartén por el mango bien que cierran puertas y ventanas no sea que todo se sepa) por nuestra narrativa. Porque pretende dar voz consecuentemente ambigua a unas vivencias muy de hoy, muy de entretelas, vivencias ambiguas, desorientadas y heridas de impotente ternura como las que "están detrás" de un párrafo así, tan "literario" y tan no: "Doblé la carta y la devolví a su sobre. Llegaba demasiado tarde. Yo había dejado de amar a esa mujer hermosa mucho antes, en un impreciso pero irrevocable momento. Con ella entre mis manos me dije que la vida se enreda muchas veces en el amor de forma ineludible, y me pregunté si era verdaderamente posible saber cuál de esos enredos es el importante". ■ MIGUEL BAYON.

Un faló, dos falos, tres falos...

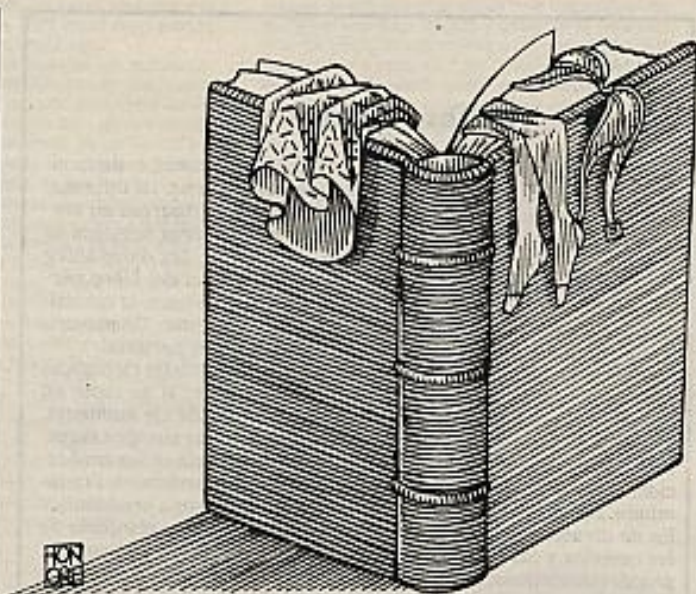
Al igual que hizo Agatha Christie en su novela "Los diez negritos", el colectivo que se presenta enmascarado tras el seudónimo "Ofèlia Dracs" ha toma-

do una cancioncilla popular catalana, "Deu pometes té el pomer", para dar título a un conjunto de diez narraciones eróticas que en 1979 obtuvo el Premio La Sonrisa Vertical. Traducida por Joaquim Jordá, la versión castellana, "Diez manzanitas tiene el manzano", acaba de editar Tusquets.

El original es en catalán y como tal ganó el premio. La editorial, en la contraportada de la versión castellana, indica que el colectivo "Ofèlia Dracs"—ocho escritores conocidos en el ámbito catalán— ha recuperado el lenguaje vulgar utilizado en cataluña para estas cosas del sexo.

No conociendo el original catalán sólo puedo opinar sobre la versión castellana. Y es precisamente el lenguaje de esta versión una de las cosas que primeramente llama la atención en el libro. Jordá ha utilizado—sobre todo en las narraciones que son monólogos— un lenguaje "cheli", plenamente urbano que va muy bien con estas historias que además de divertidas son totalmente urbanas y casi cotidianas.

En ocasiones, para disimular un cierto interés por la literatura erótica se suele tachar a ésta de aburrida, de monótona. Es cierto esto muchas veces. Pero no siempre. La literatura erótica europea—francesa, sobre todo— puede acabar por aburrir. Pero hay otra literatura, quizá menos



osada (?), pero más divertida, que es la clásica. Con ésta y no con la otra, tiene más puntos en contacto "Diez manzanitas..." y por eso es de agradecer que "Ofèlia Dracs" haya reivindicado el humor—casi sainetero— y lo haya utilizado como vehículo conductor de sus relatos.

Humor casi negro en ese monólogo de la puta minusválida; humor casi absurdo en esa inverosímil historia laboral de dos trabajadores de una fábrica de leche; humor totalmente sainetero, pero "a lo bestia", en las

aventuras de los pantalones estrechos; humor con cierto toque de elegante anticlericalismo en esa carta dirigida a la mayordoma de la rectoría, requerida de amores por un monago que inicia su despertar sexual; humor patético en esa vulgar historia de un hombre maduro que se enamora de una "ninfula" nabokoviana; humor que es casi una toma de posición antiprogreso en la narración "El matasuegras" o la imposibilidad de, utilizando los más variados electrodomésticos—incluido un tostador de pan

y una batidora—, enderezar un pene lastrado (el progreso no siempre resuelve nuestros problemas cotidianos)...

Podría seguir hasta diez. El colectivo—ocho hombres— iba a contar con dos mujeres. Estas iban a escribir sendas narraciones dando, supongo, su punto de vista femenino. Pero fallaron y dos miembros del colectivo escribieron las narraciones que faltaban. Resultado de ello: falta la perspectiva femenina. Y se nota.

Y es que, casualmente o no, las narraciones de este libro destacan por la primacía del faló. La prepotencia del miembro masculino—y por consiguiente el poder de su afortunado poseedor—es indiscutible en cuentos como "Chop-suey"—el de la fábrica de leche—, "Los pantalones", "El matasuegras"—en el fondo un disimulado afán de automutilarse como el Gerard Depardieu de la película de Marco Ferreri—, "Las tres señales"—en el que el erotismo se hace más cotidiano, más "cheli": ese "clipote de Archidona", ¿calco y homenaje?, que viaja en Metro...—, etcétera.

El conjunto en modo alguno resulta monótono. Son muy diversos los escenarios y las situaciones—ese marqués decadente que recuerda amores idos, acariaciando, magdalena de Proust, una "perrita caniche"—. En todas las narraciones, queda dicho, ¿no?, predomina el humor y un priapismo exagerado. Pero es un libro muy divertido que hay que leer. ■ JAVIER GOÑI.

